

A CINCUENTA AÑOS DEL CONCILIO: LA IGLESIA EN EL MUNDO ACTUAL.

CERCANÍA CON TODO LO “VERDADERAMENTE HUMANO.”

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

En la época que vivimos, donde las frases cortas son las únicas que logran dejar algún impacto aunque no siempre positivo o iluminador, los párrafos que conforman el inicio de la constitución conciliar sobre la Iglesia en el mundo actual, que concentran conceptos llenos de sentido, son especialmente adecuados para dar sentido e impulso a la identidad y misión de los cristianos. Cincuenta años después, dan pie a una confrontación renovada con su mensaje y a reflexionar sobre algunos retos que se han diversificado o intensificado.

Traigamos una frase a esta página: “Nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón [del discípulo de Cristo].” El énfasis, desde luego, está en lo *verdaderamente humano*, venga de donde venga. Por consiguiente, la vista y el oído del discípulo han de estar abiertos a la visión y a la escucha de toda voz y de toda imagen. Muchas de éstas, como es obvio, no han nacido en el seno de la Iglesia y tal vez ni siquiera habrían sido tomadas en cuenta, pero transmiten un mensaje humano: pienso, por ejemplo, en el clamor de las quejas por la violación de los derechos humanos o los abusos del poder, en el balbuceo de los niños “especiales,” en el lenguaje cinematográfico, en la compañía del canto y de la poesía que ya en el Antiguo Testamento fueron instrumentos para serenar el corazón iracundo del rey Saúl. Pienso en los siglos iniciales de la Iglesia donde la creatividad de aquellos Padres asumió lo que San Pablo había iniciado en el areópago de Atenas y le dio, por ejemplo, a Clemente de Alejandría la libertad de describir a Jesucristo como un nuevo Orfeo que con su música acercaba a los elementos de la creación y la fascinaba con su melodía o la audacia catequística sobre la Odisea de Homero y el viaje no trágico sino finalmente feliz de Odiseo. ¡Éste atado al mástil de la embarcación era figura de Cristo en la cruz! Su paso arriesgado y triunfal por el estrecho asediado por las sirenas y el rescate de la tripulación, ¡la Pascua del Señor y su rescate de la humanidad entera! El Papa Francisco ha conversado sobre su experiencia ante la profundidad de algunas obras del cine contemporáneo y de los artistas de nuestro tiempo y su capacidad de transmitir un mensaje trascendente. En las obras artísticas contemporáneas la figura exterior es menos importante, pues no trata de competir con la fotografía y su realismo; es el signo que da

cauce a la emoción, canal de comunicación humana de ida y vuelta no impositivo sino sugerente. Hace muy poco –el 6 de mayo de 2013--percibí el impacto de la mole pétreo del novísimo Centro de Arquitectura y Diseño de la Universidad de Monterrey, obra del japonés Tadao Ando y su armonía con las recias montañas del entorno. Me vino a la memoria la emoción que acompaña a sus iglesias en Japón: la de la luz, la del jardín y la del agua, cuya iconografía, “abstracta” como pocas, la componen esos elementos de la naturaleza. Recordé también la capilla de Matisse en Vence, multicolor y festiva, invitación contemporánea a la experiencia mística y a la esperanza, creada durante la posguerra que parecía desesperanzada o cuando mucho “existencialista.”

Es cierto que no pocas manifestaciones de nuestro tiempo fallan en cuanto a su dosis de humanidad. La deshumanización es un camino muy presente, hoy mucho más que al término del Concilio. La confusión entre lo propio del ser humano y las vías invasoras de lo mecánico y lo electrónico, la confusión no tan difícil, sobre todo en la generación más joven –los “nativos cibernéticos”-- entre la realidad “real” y la realidad virtual. La perplejidad ante la multiplicidad de opciones y la confusión entre lo que “gusta” y lo que es bueno, pueden hacer que se pierda el camino y sobre todo el sentido de la existencia en el mundo. El vínculo interior entre la verdad, la bondad y la belleza padece una fragilidad jamás experimentada en la historia humana.

El Concilio, en esas primeras frases de la constitución “Gaudium et spes” recordó, al definir la identidad cristiana, la necesidad de discernimiento al modo de la harina que se cierne o del trigo que se separa de la cizaña, de lo que se ve, se oye y se percibe: “La comunidad cristiana está compuesta de hombres que, reunidos en Cristo, son dirigidos por el Espíritu Santo en su peregrinación hacia el Reino del Padre y han recibido su mensaje de salvación para proponérselo a todos.”

Resulta fundamental, pues, sabernos *peregrinos*, es decir, no atados por la provisionalidad, por la nostalgia o las quimeras del futuro. Saber que hemos de dejarnos guiar por el Espíritu Santo que no llega a cada uno como un rayo del cielo, sino que habita silenciosamente en el corazón de la Iglesia y es el alma de su cuerpo. Una asistencia especial han recibido los pastores reunidos en Concilio con el sucesor de Pedro a su cabeza. De ahí que exista una guía segura que da la valentía y a la vez la humildad necesarias para proponer a todos el mensaje de salvación.